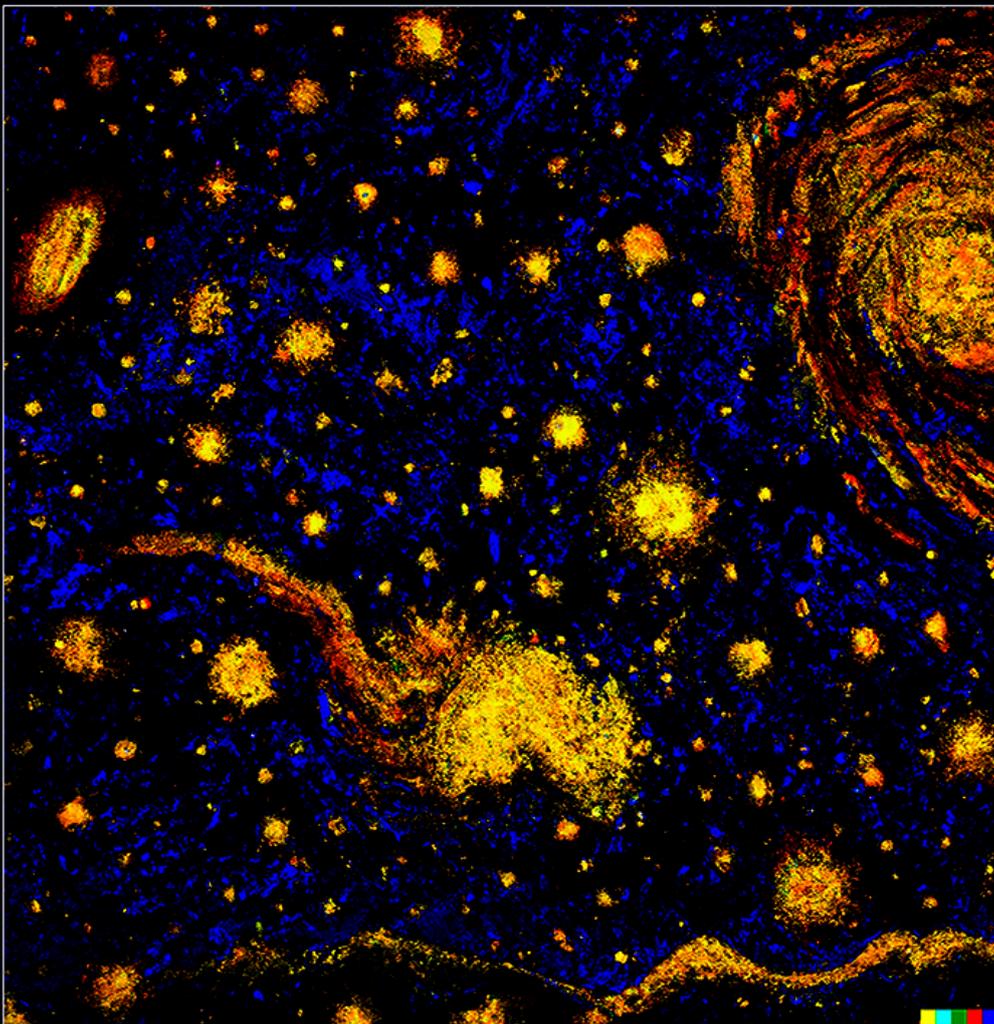


Un viaje alucinante

senndha

Un viaje alucinante



Senndha

Capítulo 1

Buceaba en las aguas de mi pequeño universo, enredándome en la red de notas musicales que tejían las sinfonías de los grandes maestros, envuelta en una oscuridad tan pura que me deslumbraba, imaginando vivir grades aventuras, pero la más grande, la de la vida, estaba a punto de comenzar.

En el quirófano todo estaba preparado. Una cardiopatía grave había sido detectada en el bebé en los últimos días de gestación. El equipo médico no tenía la certeza de que sobreviviese al parto. Deliberaban posibles alternativas, pautas a seguir en un rompecabezas de especialidades, en el que cada cual aportaba sus conocimientos, tratando de tomar decisiones que engranasen entre si, moviendo el motor que abre las compuertas de la vida y esta irrumpiera como un río desbordado arrasando los diques que impidieran su paso. Y ahí está el trabajo arduo, cada engranaje mueve el motor de forma diferente y solo el caprichoso destino tiene la formula maestra.

El anestesista procedió a inyectar la dosis precisa en la futura mamá, pasados unos minutos cuando hizo el efecto deseado, con las decisiones tomadas y las pautas a seguir fijadas, el cirujano pidió el bisturí, contuvo la respiración brevemente, con el pulso firme como el de un delineante practicó una incisión en el vientre materno.

Manó de la oscuridad una cascada de luz blanca que lo inundó todo. Una corriente de energía me acarició y me elevó. La intensidad de la luz disminuyó. Sopló un viento gélido que me hizo sentir el frío por primera vez, suavemente penetro por mi boca llenando cada rincón de mi interior una y otra vez en un movimiento cíclico que yo no podía controlar, era una sensación maravillosa, tanto que por un momento olvidé que me encontraba en otro lugar.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, poco a poco frente a mí se fue manifestando un nuevo mundo, de formas y colores tan bellos que tardé en darme cuenta de que mi cuerpo había cambiado.

Jamás imaginé que existiese algo así, pensé. Sobre mí se abría un cielo amarillo con tonos rosados. Un valle malva se desparramaba a lo largo y ancho hasta el horizonte, cubierto de grandes bosques con árboles tan altos que casi impedían ver los picos de las montañas que había tras ellos. Llenaba mis oídos el fuerte rumor del agua que saltaba desde la altura en una cascada vigorosa formando un río que descendía valle abajo.

Todo era un canto a la armonía. Un paraíso melódico de colores y naturaleza fundidos en un eterno abrazo. Estaba ensimismada contemplando varios planetas que parecían pintados con acuarelas cuando

oí una voz:

—Es la energía de nuestra imaginación y de nuestra existencia la que crea este mundo y lo hace real.

El susto fue tremendo y más cuando vi quien me hablaba. Di un salto hacia atrás tropezando y cayendo de espaldas.

—No te asustes. Estoy aquí para ayudarte.

Traté de calmarme y con un hilo de voz le pregunté:

— ¿Quién eres?

—Me llamo Cristina. Como habrás visto tengo el aspecto de un águila, pero soy como tú.

— ¿Como yo? Eres un pájaro enorme y yo solo una niña.

Sonrió con infinita dulzura. —También has cambiado, mírate.

Un nudo en la garganta me impidió gritar. Mi cuerpo estaba cubierto de pelo y en mi trasero había crecido una enorme cola. La miré sin entender nada, queriéndome despertar.

—Todos los animales que habitamos este mundo somos o hemos sido niños. Eres una bonita ardilla que estás aquí porque así lo has decidido aunque no seas consciente de haberlo hecho ¿Cómo te llamas?

—Noreia.

—Tranquila Noreia, poco a poco yo te enseñaré lo que necesitas saber.

A toda prisa corrían por el enorme pasillo de luces blancas que separaba el quirófano de la UCI. Dos enfermeras iban por delante abriendo paso al equipo médico que rodeaba la pequeña camilla. Una vez allí con el bebé estabilizado y sus constantes vitales reflejadas en un monitor, los médicos pudieron tomarse un respiro con el permiso del resto de los bebés allí ingresados.

Pequeños seres con una capacidad de sufrimiento y fuerza ilimitados. Verdaderos amantes de una vida que desconocen pero que luchan por abrirse camino en ella desde el primer instante de su existencia, entrando como guerreros por los resquicios de vida que la medicina les abre, comenzando así la aventura de vivir.

Comencé por habituarme a mi nueva condición: correr, trepar por los árboles, saltar de rama en rama. Fue realmente divertido cuando mi mente que no estaba preparada para hacer cosas que mi cuerpo sí, se liberó. Siempre bajo la atenta mirada de mi guía y de sus sabios consejos y de alguna que otra intervención que evitó que me estrellase contra el suelo desde las copas de los árboles.

Una mañana me levanté, Cristina ya no estaba, sus últimas palabras fueron "escucha tu voz interior" miré el valle y sintiendo que me inundaba una fuerza infinita comencé a caminar sin rumbo hacia la fuente de mi destino ¿Estaría en algún sitio? ¿Encontraría allí lo que buscaba? ¿Y que buscaba? Nada tenía sentido, pero si no lo intentaba jamás lo descubriría.

Descendí por un angosto sendero dirección a un bosque lejano que se recortaba en el horizonte. Caminé sola, como la brisa que acariciaba mi rostro, sin descanso, hasta que vi las últimas luces del atardecer reflejarse en un hermoso río. Cansada y sedienta pensé que era buena idea acercarme a la orilla a beber y tomarme un respiro.

Contemplé durante un largo rato el ancho río de aguas profundas, hasta que la tenue luz del ocaso dibujó la silueta de un pequeño cachorro imposible de identificar. Saltaba de un lado a otro adoptando posturas amenazadoras intentando intimidar al mismísimo río. Al no darse cuenta de mi presencia aproveché para dar un rodeo hasta un árbol que había cerca de él. Trepé por el tronco con gran facilidad y rapidez, divertida pensé que no estaba nada mal ser una ardilla. Desde lo alto lo observé, era un pequeño tigre que no paraba de saltar y de gruñir, sin embargo transmitía bondad y eso hizo que me decidiera a hablar con él.

— ¿Qué haces? —le pregunté.

Al oír mi voz saltó girando sobre sí mismo en posición de guardia, con las orejas hacia atrás y enseñando los colmillos con sus intensos ojos verdes fijos en mí.

— ¿No me piensas contestar? —le volví a preguntar ante su silencio.

Seguía mirándome fijamente, de sus ojos verdes percibí una gran nobleza y al fin como si se hubiese tomado todo el tiempo del mundo contestó:

—Sí. —Guardó silencio otro largo rato, parecía estar estudiándome.

—Me llamo Noreia. Aunque no lo parezca soy una niña.

Su cara cambió y abandonó su actitud defensiva.

—Pablo. Y estoy intentando cruzar el río.

— ¿El río? —Le pregunté asombrada.

—Sí. Una gran águila me dijo que debía superar todos los obstáculos para llegar a la fuente de mí ser.

— ¡Cristina! ¡Conoces a Cristina! ¿Dónde está? Hace días que desapareció y me dejó sola.

—Lo último que me dijo es que cada uno debía elegir su propio camino pero que parte del trayecto se podía compartir.

—Siendo que los dos nos encontramos en la misma situación, y buscamos lo mismo... ¿qué te parece si continuamos juntos?

—Es una buena idea, quizá uniendo fuerzas podamos encontrar la fuente esa ¿Te dio alguna pista?

—No. Por eso me alegro de tener un compañero de viaje.

Aquella noche sentados bajo el árbol conversamos sobre qué dirección debíamos tomar. Estábamos tan perdidos que realmente nos daba igual. Al final nuestro espíritu aventurero nos empujó a tomar la más difícil. Un cachorro de tigre y una minúscula ardilla frente al reto de cruzar aquel poderoso, ancho y profundo río. Apasionante se quedaba corto. Nos dormimos sintiendo unas punzadas de temor en la boca del estómago. En fin, en aquel momento tampoco éramos conscientes de a que nos enfrentábamos.

Por la mañana nada más levantarnos realizamos el primer intento. Ni cortos ni perezosos decidimos cruzarlo a nado. Para mí, tarea imposible desde luego, para Pablo estaba hecho.

— ¡Súbete a mi espalda! —me dijo con gran seguridad en sí mismo.

Me acomodé en su mullido pelaje y me agarré a su cuello.

En el momento que metió sus patas en el agua fría noté como se estremecía todo su cuerpo. A medida que nos íbamos adentrando más lejana se veía la otra orilla. Cuando dejó de tocar fondo y se puso a nadar el agua le cubrió hasta el cuello, cubriéndome a mi casi entera. De un respingo me coloqué sobre su cabeza. La imagen debía ser como poco cómica: una cabeza de tigre y sobre ella una ardilla flotando por el río.

La cosa comenzó a ponerse fea cuando la corriente hizo nadar a Pablo en diagonal, a los pocos minutos la diagonal se había convertido en una línea paralela a la orilla, por mucho que se esforzaba no avanzábamos nada.

—Me empiezo a cansar, será mejor darnos la vuelta —me dijo Pablo.

Nada más terminar la frase una fuerte corriente nos atrapó y nos succiono hacia abajo. Logré agarrarme fuertemente a Pablo y aguanté la zambullida. Él luchaba con todas sus fuerzas por salir a la superficie y yo que no estaba dispuesta a abandonar a mi único amigo pensé que habíamos pagado el precio a nuestra insensatez.

Chocamos contra algo grande que detuvo nuestro avance. Pablo con sus zarpas logró aferrarse y aduras penas sacó la cabeza para tomar una bocanada de aire. Era una roca, salté sobre ella y trepé buscando la manera de ayudar a mi amigo, ya que era mucho más grande que yo y no podía tirar de él. Sí pude indicarle donde debía ir poniendo sus zarpas para escalar la roca. Con un esfuerzo titánico logró llegar hasta arriba, completamente agotado se desplomó durante un rato intentando recuperar las fuerzas. Cuando se incorporó observó lo mismo que yo, la imagen era desoladora, estábamos en medio del río sobre una roca rodeados de aguas enfurecidas.

Pasaron las horas y llegó la noche, empapados en agua y helados de frío dormitamos hasta que el sol del nuevo día calentó nuestros cuerpos y nos brindó otra oportunidad. Un tronco había quedado atrapado contra la pared de la roca luchando entre dos corrientes.

— ¡Pablo rápido! ¡Ahí está nuestra oportunidad! ¡Saltemos al tronco antes de que se lo lleve la corriente!

Sin pensármelo dos veces salté y Pablo saltó detrás de mí. El tronco giró, Pablo clavó sus zarpas en la madera y yo me sujeté al saliente de una rama partida. El miedo no nos dejaba articular palabra, de repente la corriente le ganó la partida a la roca deslizando el tronco aguas abajo en un eslon de rápidos. Tan pronto estábamos boca abajo sumergidos en el agua sin poder respirar como en vertical colgados del tronco sobre el río. El terror había tensado tanto nuestros músculos que al amainar la corriente y calmarse las aguas nosotros seguíamos agarrotados en la misma posición que al principio como si formásemos parte del tronco. En aquella zona el viento soplabá más fuerte y nos fue escorando hacia la orilla hasta una distancia en la que pudimos saltar y llegar a tierra firme. Después de un día y una noche en el cauce del río seguíamos en la misma orilla, eso sí habíamos recorrido una larga distancia río abajo.

Pablo y yo nos miramos, ninguno dijo nada, sobraban las palabras. Nos tendimos en la tierra y nos entretuvimos viendo pasar las nubes que cambiaban de forma rápidamente al capricho del viento. Nos tiramos

horas allí tumbados en silencio, dándole vueltas a la cabeza mientras nos recuperábamos del esfuerzo físico.

—Hay que volver a intentarlo. —dije convencida.

—Estoy de acuerdo. —contestó Pablo.

—No nos rendiremos a las primeras de cambio.

—Para ser tan pequeña tienes mucho valor. —sonrió Pablo.

—Pero esta vez no nos arriesgaremos así por las buenas.

Pablo bajo la mirada sintiéndose un poco culpable y añadió:

— ¡Ha sido una pedazo de aventura!

Estallamos en carcajadas.

—Sera mejor que busquemos alimentos y que pasemos aquí la noche.

—Buena idea Nore, yo buscaré comida y tú un lugar para dormir resguardados.

Me quedé mirando a Pablo.

— ¿Qué te ocurre? Si no te parece bien lo hacemos al revés.

—Me estaba preguntando qué vas a comer.

— ¿Ardillas?

Debió cambiar tanto la expresión de mi rostro que Pablo se cayó de espaldas con un ataque de risa.

— ¡De fruta, pequeña, de fruta, no olvides que soy un niño! —dijo entre jadeos.

Salté encima de él haciéndome la indignada y estuvimos jugando hasta que cada uno se dedicó a su tarea.

Me dirigí al bosque que estaba a solo unos pasos de la orilla. Se respiraba un aire perfumado con olor a vegetación y tierra húmeda. Era bello como todo cuanto había en aquel mundo. Pronto un árbol destacó sobre los demás. Era tan grande como diez de ellos juntos y tan alto que sus ramas tocaban el cielo. Me acerqué a él, caminé a su alrededor y para mi sorpresa descubrí un hueco enorme en su interior en el que podíamos cobijarnos. Le di las gracias y preparé un lecho de hojas. Cuando Pablo

regresó con las frutas del bosque nos acomodamos y saciamos nuestro voraz apetito. Nos quedamos dormidos sin darnos cuenta, habían sido demasiadas emociones juntas en tan poco tiempo.

En la madrugada un viento rebelde se coló por el hueco del tronco riéndose de nosotros que por más que nos apretábamos tratando de darnos un poco de calor tiritábamos de frío. Deseé con todas mis fuerzas que se cerrase el hueco para que el viento burlón no pudiese entrar y en ese mismo momento unas ramas cerraron el acceso al interior dejando al viento afuera tal y como yo lo había deseado. Me quedé sorprendida, no sabía si estaba soñando o estaba despierta cuando oí una voz:

— ¿Así está bien querida?

— ¿Qué?... ¿Qué está pasando? —dije para mí misma.

—No te asustes pequeña, soy el espíritu del anciano árbol, tan solo estoy haciendo lo que me pediste. Lo deseaste con tanta fuerza y convicción que tu energía interior conectó con la mía.

— ¿Cómo sabe lo que he pensado si no he hablado? —volví a preguntarme a mí misma.

—Lo has vuelto hacer querida. Tienes que ser muy especial, no todo el mundo conecta con la energía de la naturaleza tan rápido.

— ¿Qué energía es esa?

—La de la vida.

— ¿Y cuando se acaba esa energía se acaba la vida?

—Mi pequeña, la energía de la naturaleza procede del universo infinito ¿Acaso se puede acabar lo que no tiene fin?

Se hizo un largo silencio. El anciano árbol calló para que sus palabras no se las llevase el viento y cayesen en mí como semillas que mi alma con el tiempo hiciese germinar.

—Mi pequeña ardillita. —rompió de nuevo el silencio el espíritu del árbol. —la fuente que buscáis está en cada uno de vosotros.

— ¿Y cómo buscamos en nosotros?

—Lo estáis haciendo desde el momento que llegasteis a este mundo. Seguid viajando y aprendiendo, ser vosotros mismos y la fuente se os manifestará y comprenderéis. Ahora duerme querida. Mañana todo te habrá parecido un sueño y mis palabras sonarán como un eco

incomprensible dentro de ti hasta que florezcan.

Desperté a la mañana siguiente, todo estaba como la noche anterior, no había ramas que cerrasen el hueco del árbol ¿Había sido un sueño? No sabía que creer, decidí no darle más vueltas ni buscarle explicación, lo aceptaría tal y como había sido y guardaría para mí el recuerdo de la conversación.

Pablo se despertó, se estiró y con una gran sonrisa dijo:

— ¡Vamos Nore, hoy es un gran día!

— ¿Qué tiene de especial?

— ¡Es un nuevo día, lleno de vida y de aventuras! ¿Te parece poco?

—Visto así tienes razón.

—No quiero que me des la razón, quiero que me des argumentos.

—Todos los días son grandes días porque tenemos nuevas oportunidades, podemos rectificar y aprender de los errores ¿Mejor así?

— ¡Muy bien amiga mía! ¡Entonces a que esperamos! ¡Salgamos y crucemos el río!

—Pablo frena tu ímpetu, y pensemos una manera segura de hacerlo.

*—Por supuesto, la seguridad la tenía en mente al pronunciar mis palabras.
—dijo sonriendo.*

—No lo dudo, ninguno de los dos queremos que un gran día se convierta en un mal día. —le contesté irónicamente.

El aire fresco de la mañana traía aromas de lugares lejanos y de vidas por vivir. El sol dibujaba sombras entre los árboles del bosque y llenaba de magia los colores de su exuberante vegetación. El rumor del agua abrigaba las montañas nevadas que apenas se perfilaban en la distancia. No nos hacía falta nada, la naturaleza nos proveía de todo lo necesario. Me sentía libre. Quería cruzar el río. Atravesar las llanuras, ascender hasta llegar a las nieves eternas y en la noche envolverme en la nada y acariciar las estrellas con el alma.

Nos acercamos a la orilla, no teníamos ni idea de cómo íbamos a realizar semejante hazaña.

—Es más difícil de lo que pensábamos. —dijo un poco decepcionada.

—Sí. La verdad es que no tengo ni idea de por dónde empezar. —contestó Pablo rascándose la cabeza.

—No estaría mal que comenzasen por construir una balsa. —dijo una voz detrás de nosotros.

Pablo y yo nos sobresaltamos, no esperábamos encontrarnos a nadie en un lugar como ese. Nos volvimos y vimos acercarse una figura andando lenta y pesadamente, de vez en cuando abría la boca en un gran bostezo.

—Que alivio pensé que estaba solo por aquí. Me es grato veros chicos, permitidme que me presente soy Borja.

Pablo y yo nos quedamos mirándonos, era tal la naturalidad de Borja que en un principio nos dejó descolocados. No dudó en acercarse a nosotros y entablar conversación como si nos conociese desde hacía tiempo.

—Curiosa pareja, una ardilla y un tigre. Yo ya me presenté.

—Disculpa, yo me llamo Noreia y él Pablo ¿Quién eres?

—Es evidente que soy un niño como vosotros pero con aspecto de oso.

— ¿Cómo das por hecho que somos niños y además amigables?

— Bueno, cuando llegué a este mundo un águila...

— ¡Cristina! —gritamos Pablo y yo a la vez.

Pablo que se había mostrado frío y distante hasta ese momento como buen felino, se relajó mostrándose más cordial.

—Ya veo que la conocéis. En efecto, ella me explicó que todos los animales que habitamos este mundo eran o somos niños.

En ese momento recordé las mismas palabras en boca de Cristina dirigiéndose a mí. Lo había olvidado. En adelante debería de prestar más atención a los detalles. Eran o somos niños ¿Qué querría decir con "eran"? Seguimos conversando.

— ¿La has visto? —preguntó Pablo dirigiéndose por primera vez a Borja.

—Durante un tiempo de aprendizaje, después desapreció "Inicia tu búsqueda" fue lo último que me dijo.

— ¿Te habló de dónde ir o de dónde buscar? —pregunté con un atisbo de esperanza.

—No ¿Y a vosotros?

—Tampoco. El encuentro entre Pablo y yo fue casual, como contigo. Decidimos unir nuestras fuerzas y viajar juntos. Únete a nosotros la búsqueda tiene visos ser larga y complicada, entre los tres será un poco más fácil.

—Pensé que no me lo ibais a pedir. —contestó Borja dando un suspiro.

—Si no sabéis dónde ir ¿Por qué la decisión de cruzar el río?

—Buena pregunta si tuviese respuesta. —contestó Pablo. —nos pareció una idea loca y excitante.

Las palabras de Pablo me iluminaron, había algo mucho más profundo en esa decisión de lo que parecía en un principio y así expuse mi reflexión.

—No ha sido el hecho de intentar cruzar el río. Ha sido una cuestión de confianza. Sin apenas conocernos pusimos nuestras vidas en manos el uno del otro y aceptamos la responsabilidad, a pesar de que casi nos ahogamos seguimos confiando tú en mí y yo en ti ciegamente. El río no es un obstáculo, siempre ha estado ahí, es su lugar natural. Él no es el problema sino nuestras limitaciones para cruzarlo.

—Fantásticas palabras. —intervino Borja. —Todo lo que nos condiciona o limita lo vemos como un problema, pero una reflexión como la tuya nos revela que si nos superamos a nosotros mismos, superamos el problema.

— ¿Entonces a que esperamos? ¡Superémonos y tracemos un plan para cruzar el río! —dijo Pablo dejándose llevar por la euforia.

Decidimos explorar la orilla río abajo en busca de un paso, aunque solo fuese por descartar esa posibilidad al igual que quedó descartado un segundo intento de cruzar el río a nado por mucho que este se estrechase en algún punto, cosa que no sucedió. Ideamos un sin fin de planes a cada cual más descabellado e irrealizable que puso de manifiesto nuestra desbordante imaginación. Al atardecer, sentados junto al aciano árbol Borja impuso su lógica.

—Entonces chicos la solución es la que dije al principio. Construyamos una balsa. Nos llevará tiempo y no va a ser tarea fácil, pero es la forma más segura no solo de cruzarlo, también de navegarlo si es necesario.

¿Tienes idea de cómo construirla? —pregunté con mucha curiosidad.

—buscaremos troncos en el bosque o varados en la orilla. También ramas o tallos largos y flexibles que utilizaremos para atar los troncos entre si hasta formar una base lo suficientemente grande para que quepamos los tres.

— ¡Vaya, esa sí que es una buena idea! —dijo Pablo. — entonces tú estás al mando Borja, haremos lo que nos pidas. Serás el capitán.

— ¡Estoy de acuerdo mi capitán!—dije exultante de alegría.

—De acuerdo. —confirmó Borja con una gran sonrisa. —Que conste chicos que los tres somos iguales, yo solo organizaré el trabajo y la construcción de la balsa ¿os parece bien?

— ¡A sus órdenes mi capitán! —gritamos Pablo y yo a la vez de forma espontánea y los tres rompimos a reír.

Nos despertamos al amanecer y Borja distribuyó el trabajo.

—Pablo y yo buscaremos troncos. Tú encárgate de las ramas, trae todas las que puedas, aunque sean muy finas da igual las trenzaremos para que resistan. Necesitaremos muchas para asegurar bien la balsa. Nuestro lugar de encuentro será el árbol.

Ellos se fueron hacia la orilla y yo me adentré en el bosque. Su frondosidad atrapaba la humedad formando grandes cortinas de niebla. Extensas alfombras verdes abrazaban las rocas y los troncos de los árboles cubriendo la mayor parte del suelo que pisaba. Era bello y tenebroso a la vez. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a ser engullida por el bosque y que jamás podría salir de allí. Las raíces sobresalían de la tierra como enormes tentáculos que tenía que sortear para seguir avanzando. Empezaba a dudar sobre si continuar o darme la vuelta cuando noté que algo me tocaba la espalda. El miedo me paralizó durante unas décimas de segundo que me parecieron una eternidad, en el momento que reaccioné ni si quiera me volví, salí corriendo y de un salto trepé por el árbol que tenía delante y no paré hasta llegar a lo más alto.

Miré desde arriba y para mi sorpresa vi que no había nadie, tan solo algunas ramas meciéndose con una ligera brisa de aire. Todavía temblorosa me di cuenta de la nueva perspectiva que tenía del bosque. Desde la altura era distinto. Ya no lo sentía sobre mí sino que ahora yo estaba sobre él y podía contemplar todos mis miedos infundados abajo. Asomé la cabeza entre las últimas hojas de la copa del árbol, vi el sol brillar en el cielo y el bosque extenderse como un prado de hierba

alrededor del anciano árbol.

Al caer la tarde nos reunimos. Pablo y Borja no habían tenido demasiada suerte en la orilla del río, solo habían encontrado troncos podridos o demasiado grandes para ser arrastrados. Yo por el contrario había traído un surtido de diferentes tipos de tallos y ramas para elegir cual podía servir mejor. Aquello animó a mis amigos. Elegimos el larguísimo y fino tallo de una planta que crecía al pie de los árboles y subía alrededor de los troncos casi hasta la copa.

Exploramos el bosque durante varios días más hasta tener troncos suficientes con los que comenzar la construcción de la balsa. Trenzamos los finos tallos formando cuerdas resistentes y buscamos un lugar en la orilla donde la corriente nos permitiese probar la balsa. Todo bajo la supervisión de nuestro capitán que cada día nos deleitaba con una representación teatral de su papel. Pablo y yo dejábamos lo que estuviésemos haciendo para escucharlo y rompíamos en efusivos aplausos implorándole que siguiese con su actuación. Él saludaba cortésmente fingiendo que había terminado. Haciéndose de rogar volvía a meterse en la piel del capitán y a improvisar sobre la marcha bellas historias de las que al final acabábamos formando parte inventando nuestros propios personajes, hasta que la luna empujaba al sol que se resistía a marcharse sin acabar de ver la función.

Encontramos el lugar perfecto donde flotar la balsa. Era una pequeña lengua del río que penetraba casi hasta el bosque. No tenía mucha profundidad ni corrientes que alteraran su cristalina superficie lisa como un espejo. Trasladamos todos los materiales hasta allí y comenzamos a construir la balsa. Nos costó mucho más tiempo de lo que pensamos en un principio. Tuvimos que montarla y desmontarla varias veces, a parte de las que se desmontó ella sola cuando la contemplábamos orgullosos del trabajo realizado.

Con esfuerzo e ilusión se acaban consiguiendo todas las metas, y esta la conseguimos a pesar de fracasar muchas veces ya que no nos rendimos en ningún momento.

Llegó el día que con caras de satisfacción y alegría pudimos contemplar nuestra creación. La balsa era perfecta. Incluso hicimos un pequeño habitáculo con ramas que forramos de hojas. Sabíamos lo que era pasar una noche a la intemperie en mitad del río por accidente y no queríamos que si eso volvía a ocurrir nos cogiese desprevenidos.

La mañana del gran día me desperté antes de la salida del sol. Estaba muy alterada y no podía aguantar más.

— ¡Vamos Pablo, despierta Borja, está amaneciendo hay que darse prisa!

Se despertaron con una gran sonrisa dibujada en sus rostros cuando los zarandé para que me hiciesen caso, después de haber insistido muchas veces para que se levantasen.

El sol iluminaba mágicamente nuestro barco velero capaz de surcar los mares más bravos y de viajar a las tierras más extrañas. Así es como veía yo a nuestra pequeña y excéntrica balsa. La contemplábamos mirando de vez en cuando al río tratando de adivinar cuál sería su comportamiento. Aunque eso ya daba igual.

—Ha llegado la hora chicos. —dijo Borja.

Los tres empujamos la balsa hasta que el agua lamió los troncos. Echamos un último vistazo, comprobamos que todo estaba bien y que no nos dejábamos nada. Llevábamos algo de comida por si acaso. Las cuerdas que habían sobrado estaban colgadas en el habitáculo y las tres ramas que iban a hacer las funciones de remos estaban sobre la cubierta. Dimos un último empujón, la balsa se introdujo completamente en el agua y los tres saltamos encima de ella. Fue un momento tenso lleno de emociones en el que no movimos ni un músculo hasta que vimos que la balsa flotaba fantásticamente y daba muestras de seguridad. Rompimos en vítores y abrazos olvidándonos por completo de que no estábamos en tierra firme. Nos quedamos paralizados al primer vaivén y despacio conseguimos estabilizarla.

— ¡Tripulación! ¡Adelante! —gritó nuestro capitán.

Comenzamos a remar, la balsa se deslizaba suavemente sobre el agua. Nuestra alegría inicial se tornaba en duda según nos acercábamos al punto en el que la lengua de agua en la que nos encontrábamos se unía a la impetuosa corriente. Vimos que se formaban remolinos, por un momento, asustados dejamos de remar pero la balsa atrapada ya por la corriente se dirigía inevitablemente hacia ellos.

— ¡Remar! ¡Remar con fuerza! ¡Intentaremos que no nos atrapen! —gritó Pablo.

La balsa comenzó a dar vueltas sobre sí misma, mientras, remábamos con todas nuestras fuerzas intentando no perder el equilibrio. Si caíamos en alguno de ellos destrozaría la balsa.

De nada valía nuestro esfuerzo cada vez los veíamos más cerca. Luchábamos vanamente tratando de ganar la distancia que poco a poco nos arrebataban succionándonos hacia su interior. Cuando todo parecía perdido se levantó un fuerte viento que nos empujó salvándonos de las fauces del más grande escapando corriente abajo. Algo en mi interior me

dijo que ese viento no había soplado por casualidad. Miré a mi alrededor, atrás los árboles del bosque permanecían quietos, menos las ramas del más grande de todos que se agitaban fuertemente. Mis ojos se llenaron de lágrimas y el amor me inundó por completo viendo alejarse al anciano árbol. Estaba segura de que lo que ocurrió aquella noche no había sido un sueño.

La balsa era ingobernable, nos tumbamos sobre la cubierta y nos arrastramos hasta el habitáculo, agotados nos dejamos llevar por la corriente. Mis amigos trataron de consolarme pensando que mis lágrimas habían sido a causa del miedo que habíamos pasado.

El cielo se cubrió de un color gris plomizo. El eco de varios truenos retumbaron en la lejanía y las primeras gotas de lluvia tardaron poco en hacer su aparición. Nos apretamos en el habitáculo contemplando como la cortina de lluvia difuminaba las orillas y la falta de luz oscurecía el río. El viento tambaleaba la balsa. Pablo me miró.

— ¿Lo lograremos? ¿Quizá hemos vuelto a subestimar al río? —me dijo.

Borja sopló, y yo asentí. Una fuerte racha de viento zarandeó la balsa violentamente. Nos agarramos a las cuerdas que unían los troncos para no salir despedidos. Entre truenos, relámpagos y violentas sacudidas los troncos crujían como si se fueran a partir. El frío, la humedad y la tensión con la que nos sujetábamos a las cuerdas mermaban a cada momento nuestras fuerzas. En otro fuerte viento salí despedida del habitáculo cayendo al río, en el último momento antes de hundirme logré agárrame a la punta de un tronco.

Borja cogió una de las cuerdas de reserva y ató un extremo a la balsa y el otro a su cintura, sujetó a Pablo por las patas y este se empezó a arrastrar hacia mí — ¡Aguanta ya llego! —gritaba Pablo tratando de darme las fuerzas que me estaban abandonando. Avanzaba con gran dificultad y apenas lo podía oír. Perdí el tacto de la madera y noté como el agua me cubría por completo, en ese último suspiro Pablo me agarró y tiró de mí.

— ¡Ya la tengo! —gritó y Borja comenzó a tirar de los dos con todas sus fuerzas, íbamos de un lado al otro de la cubierta vendidos a las inclemencias del tiempo y a la furia del río. Cuando por fin llegamos al habitáculo Pablo y Borja me abrazaron con fuerza. El susto había sido tremendo. Las aguas eran turbulentos agujeros negros que amenazaban a cada segundo con tragarse la balsa que se tambaleaba en un vaivén frenético. Borja nos ató a la cuerda que lo unía a la cubierta para evitar que volviese a ocurrir.

Durante la noche llegó la calma. Era reconfortante sentir el calor de mis amigos acurrucada entre ellos y mecidos por el río adormecida en un sinfín de ensoñaciones. Borja tranquilo y sereno descansaba con la mirada

fija en el techo de hojas del habitáculo. Pablo sin embargo estaba más nervioso e inquieto, tal vez sentía una mayor responsabilidad. Comenzaba a pensar que no éramos estos animales por casualidad sino que eran una manifestación de nosotros mismos.

Los tibios rayos del sol con sus manos de seda acariciaron nuestros encogidos cuerpos. Salimos a la cubierta y contemplamos el nuevo paisaje. La exuberante vegetación que antes se extendía desde ambas orillas hasta perderse en el interior, formaba ahora una estrecha franja delimitada por un majestuoso desierto de grandes dunas que se perdía en el horizonte, donde solo las faldas de los grandes picos detenían su avance.

—Intentemos remar hacia la orilla. —dijo Borja mientras miraba fascinado el contraste del verde intenso de la abundancia y el amarillo deslumbrante de la desolación.

Pablo apartó la mirada del paisaje y la dirigió hacia la cubierta en busca de los remos.

— ¡Los remos! ¡No están! —gritó Pablo contrariado. — ¡Seguro que cayeron al agua durante la tormenta!

Un escalofrío me recorrió la espalda. Como habíamos podido olvidar algo tan esencial. Todos fuimos conscientes inmediatamente del error.

—Seguimos estando a merced del río. No podemos hacer nada. —dijo Borja decepcionado.

— ¡De eso nada, no nos vamos a rendir! ¡Llegaremos a la orilla como sea!

Me tumbé y comencé a remar con mis minúsculas patitas. Mis amigos se echaron a reír y contagiados por mi ímpetu hicieron lo mismo. Remamos y remamos sin importar si avanzábamos, convencidos de que lo íbamos a conseguir. Lo hacíamos con todas nuestras fuerzas, dándonos gritos de ánimo unos a otros. De repente la corriente del río se detuvo. Nos miramos sorprendidos, parecía que el tiempo se hubiese parado. En un instante mágico una ola elevó la balsa y la depositó en la orilla sobre tierra firme. Estábamos fascinados; sorprendidos, asustados, felices, una mezcla de todo. Antes de poder decir nada una voz nos habló. Mis amigos cambiaron todas sus emociones por el miedo mirando a todas partes. Yo permanecí tranquila, aunque no era la misma voz que ya había oído me resultó familiar.

—Lo habéis conseguido porque habéis creído en ello.

— ¿Eres el espíritu del anciano árbol? —pregunté intuyendo la respuesta.

—No, mis adorables niños, soy el espíritu del río. Mi hermano el anciano árbol me habló de vosotros, de vuestra intención de navegar mis aguas.

— ¿Si sabías lo que queríamos hacer, por qué no nos ayudaste desde el principio? Le volví a preguntar.

—Porque debíais pasar un proceso de aprendizaje. Mis aguas estaban turbulentas y aun así os aventurasteis a cruzarme a nado sin estar convencidos de lograrlo y lo que es peor sin estar preparados. Fue la insensatez lo que casi os ahoga no yo. ¿Qué ocurrió cuando decidisteis buscar una forma segura de cruzarme? Apareció Borja con una idea que llevasteis acabo aprendiendo y fracasando hasta que estuvisteis preparados. Vuestro conocimiento creció y con él las posibilidades de lograrlo, aunque no fue fácil porque nada lo es, habéis aprendido a luchar en la adversidad sin rendiros. No hay nada imposible si creéis desde lo más profundo de vosotros mismos que se puede lograr ¡Pero cuidado, no os engaños creyendo que creéis porque fracasareis!

— ¿Qué quieres decir con creer que creemos? —preguntó Pablo con un hilo de voz.

—Debéis de creer en la verdad, si esa verdad conlleva sacrificios y dificultades tenéis de estar dispuestos a afrontarlos y lo que es más importante os tenéis que preparar para superarlos y ese fin a veces necesita tiempo y aprendizaje. El miedo se supera con conocimiento. De lo contrario, si tratáis de acallar lo que sentís y no lo enfrentáis fracasareis. Oyéndoos y aprendiendo habéis conectado con la energía que todo lo mueve cambiando el curso de mis aguas.

— ¿Qué energía es esa? ¿Dónde está? —preguntó Borja.

—Es la energía del universo; la energía de la naturaleza. Es parte de nosotros mismos y está en nuestro interior. —contesté yo.

—Muy bien mi pequeña niña, no has olvidado las palabras de mi hermano el espíritu del árbol y eso me alegra enormemente. Es hora de marcharme mis niños, recordad mis consejos y proseguid con vuestra búsqueda. Lo importante es el viaje.

— ¡Un momento! —gritó Pablo. —Tu sabiduría quizá nos pueda ayudar a encontrar la fuente.

—Por supuesto. —contestó el espíritu del río.

— ¡Bien! —gritamos los tres.

—Seguir viajando y ella os encontrará a vosotros... hasta pronto.

— ¡Espera! ¡Espera! ¿Hacia dónde tenemos que ir?

Nadie contestó, solo el silencio que merodeaba por allí fue testigo de nuestra pequeña decepción. Pablo se acercó a mi e invitó a Borja a hacer lo mismo fundiéndonos en un abrazo fraternal.

—Eres increíble, en los momentos más difíciles siempre estás ahí. Te quiero y admiro tu fortaleza amiguita. —me dijo Pablo visiblemente emocionado.

—Yo te quiero más, nunca te fíes del todo de un felino. —intervino Borja sonriendo, tratando de poner una nota de humor. —Bueno si algo quedó claro es que hay que seguir viajando. Por cierto Noreia ¿Cómo no nos mencionaste nada del espíritu del anciano árbol?

—Es cierto Nore, creía que entre nosotros no había secretos.

—Lo siento. Me pareció tan increíble que ni yo misma estaba segura de que hubiese sucedido realmente. Al principio creí que era un sueño ¿A caso me habrías creído si no hubiésemos tenido el encuentro con el espíritu del río?

Borja reflexionó un momento y Pablo más impulsivo me contesto:

—Hiciste bien en callar. Hubiera pensado que tenías mucha imaginación y que solo era un sueño.

Decidimos arrastrar la balsa hacia el interior y utilizar el habitáculo como resguardo, ya había demostrado durante la tormenta que era un buen lugar.

Subí a lo alto de una palmera y miré la delgada línea de vegetación que nos separaba del gran desierto, con sus dunas que viajaban de un lugar a otro cambiando de forma al capricho del viento que las arrastraba, cientos de grandes rocas negras se esparcían a lo largo y ancho de sus dominios. Era un paisaje muy bonito, sin embargo los majestuosos picos dibujados en el horizonte seguían allí hechizándome, acompañándonos en nuestro viaje moviéndose a la par nuestra. Volvía a sentir la imperiosa necesidad de llegar hasta ellos.

Cuando bajé de la palmera les conté a mis amigos lo que había sentido. Borja sentado sobre la balsa guardó silencio. Pablo arreglaba las hojas que

cubrían el habitáculo, me miró y dijo:

—Vayamos. —contestó sin pensárselo dos veces.

—Estoy de acuerdo. —se pronunció Borja después de tomarse un tiempo para pensar. —Una expedición de esta envergadura necesita una buena planificación. Hay que pensar cómo vamos a atravesar el desierto transportando agua y alimentos. Los picos están muy lejos.

— ¿Crees que la fuente está allí Noreia? ¿En los picos?

—No lo sé Pablo, no lo podría asegurar, tan solo es un presentimiento.

—Yo también creo que nuestro camino pasa por las montañas. Aunque atravesar el desierto va a ser muy difícil, son muchos días de camino bajo el sol abrasador.

Los tres miramos más allá de la espesa vegetación buscando ideas. Pablo fue el primero en lanzar la suya.

— ¿Y si utilizamos la balsa para transportar agua y alimentos? También podríamos resguardarnos en ella.

— ¿Cómo vamos a hacer eso? —pregunté.

—Tirando de ella con cuerdas atadas a nuestras cinturas.

*—Es muy buena idea Pablo. No podemos hacerlo arrastrando toda la balsa porque es muy pesada se clavaría en la arena, apenas podríamos avanzar sin agotarnos. Tiene que ser como dices pero con algo más ligero.
—expuso Borja.*

—Utilicemos el habitáculo. —la idea me vino como un chispazo

—Te escuchamos. —dijeron los dos.

—Es curvo y sus ramas son más ligeras. Lo soltamos, lo colocamos al revés sobre la arena, lo llenamos de alimentos y lo transportamos como ha dicho Pablo. No se clavará en la arena las puntas de las ramas quedarán hacia arriba.

—Puede funcionar. —dijo Borja

— ¡Claro que va a funcionar! ¡Es una idea fantástica y le podemos dar la vuelta para resguardarnos dentro! —casi gritó Pablo lleno de optimismo.

— *¡Eso no se me había ocurrido!* —exclame sorprendida.

— *¿Acaso crees que no tengo buenas ideas?* —dijo Pablo saltando sobre mí con una gran sonrisa. Acto seguido estábamos los tres revolcándonos por el suelo en un juego sin fin.

Aprovechamos lo que quedaba del día para explorar la zona donde nos encontrábamos. La vegetación era distinta, llena de frutos y de plantas exóticas, algunas con hojas tan grandes que cubrían el suelo (y que serían de vital importancia unos días después) dejando a la vista tan solo pequeños senderos por los que caminamos entre palmeras que nos condujeron hasta acabar frente a frente con el desierto. Nos recibió con una brisa ardiente. Un serio aviso de lo que sería atravesarlo. Lejos de amedrentarnos le pedimos que nos ayudara en la travesía que íbamos a realizar por sus arenas. De él solo recibimos silencio, era tan intenso que nos hizo dar media vuelta y adentrarnos en la seguridad del verde oasis.

—*No debemos verlo como una amenaza, sino como a un amigo.*

—*Es muy fácil decirlo pero cuando lo tienes delante no parece precisamente un amigo.* —me contestó Pablo bastante contrariado.

—*Pablo tiene razón Noreia. El desierto es distinto, creo que no es un enemigo pero tampoco un amigo. Es un lugar de fuerzas extremas, no nos podemos fiar.* —trató de hacerme comprender Borja.

Pusimos en marcha la planificación de la expedición. Tratamos de imaginar todo tipo de situaciones que nos pudieran surgir y cómo superarlas. Hicimos varias incursiones en el desierto probando el habitáculo y rediseñándolo con cada problema que nos surgía. Era muy importante que soportase el deslizamiento por las ardientes arenas cargado con el peso de los alimentos sin destrozarse el fondo, que a la vez tenía que protegernos del sol haciendo de techo cuando le diésemos la vuelta. Encontramos la solución forrándolo con las hojas grandes y lisas que ya mencioné y que resultaron de una dureza extraordinaria.

Cómo transportar agua fue lo que nos causó más quebraderos de cabeza. Lo intentamos de todas las formas posibles y ninguna funcionó. Hasta el punto de plantearnos abandonar la idea de atravesar el desierto. Un tropezón de Pablo con lo que creímos una roca enterrada resultó ser el mejor depósito de agua que podíamos encontrar. Al acercarnos a ver como se encontraba Pablo vimos la forma extraña que sobresalía de la tierra, no parecía una roca, más bien era el tallo de una pequeñísima flor que crecía en la parte de arriba. Según lo fuimos desenterrando se mostró ancho y largo, tan duro como la madera de un árbol, al golpearlo sonaba hueco. Los tres tuvimos la misma idea de hacerle un agujero, llenarlo de agua y dejarlo varios días para ver si mantenía la pureza del agua. El éxito fue total. Desenterramos un montón que limpiamos de raíces y

llenamos de agua sellando el agujero con barro para que no se fuera derramando por el camino.

El gran día llegó. Nuestro "trineo de las arenas" estaba cargado y listo para partir frente al desierto. Nos acercamos al río y nos despedimos de él sumergiéndonos en sus aguas.

Volvíamos a estar tan nerviosos como al inicio de nuestra primera aventura. Nos atamos a la cuerda de tiro por orden de fuerza. El primero fue Borja, seguido de Pablo y yo en la parte más alejada ajusté la cuerda a mi cintura. Echamos una última mirada al verde oasis y en silencio clavamos nuestra vista en el gran desierto. Borja sopló dando el primer paso que inició el lento movimiento del trineo. La travesía había comenzado.

Manteníamos un ritmo relajado pero constante. El terreno era favorable lo que permitía al trineo deslizarse sin dificultad. El silencio formaba parte de aquel paisaje, nuestras respiraciones y el roce del forro de hojas en la arena eran los únicos sonidos que lo atenuaban. No corría ni una ligera brisa de aire y el calor era sofocante haciendo difícil respirar. Desde por la mañana habíamos estado caminando sin cruzar ni una palabra, tratando de guardar nuestras fuerzas y concentrándonos solo en cada paso, ajenos a la inmensidad de aquel desierto que nos engullía hacia la nada más absoluta.

Íbamos absortos en nuestros pensamientos caminando por ellos: ¿Quién era yo? ¿Era real este mundo o solo era una ilusión? ¿Cuál era nuestro propósito si es que lo había? Solo el recuerdo del calor humano que me envolvía antes de llegar aquí me decía que alguien velaba por mí. Podía sentirlo en mi interior dándome fuerzas para seguir luchando y encontrar mi camino ¿Anhelaba mi cuerpo de niña y el mundo al que ese cuerpo pertenecía? ¿Era eso lo que realmente buscaba? Estaba tan confundida ¿Cómo iba a haber otras vidas y otros mundos? ¿Cómo iba a ser esta vida un sueño? si podía sentir, pasar hambre y frío, amar a mis amigos, sin embargo no podía acallar una voz interior voz que me decía que había algo más, algo mucho más allá de lo que podía imaginar que sobrepasaba los mundos y las vidas.

— ¡Amigos! —gritó Borja. — ¿Qué os parece si hacemos un descanso? —la voz de Borja me sacó del trance.

—De acuerdo, hay que reponer fuerzas me muero de sed ¿Te encuentras bien Nore?

—Sí Pablo, gracias.

—Seguro que estabas muy lejos.

—Sí, me estaba preguntando que hacemos aquí ¿Qué buscamos?

Pablo bajó la cabeza y con un amago de sonrisa dijo:

—Ya veo que no soy el único que se hace esas preguntas. También estoy confundido Noreia.

Borja dio un paso hacia nosotros.

—Todos tenemos las mismas dudas, es inevitable. Cuando el agua de un manantial nace no sabe que existe un océano donde todas las aguas se hacen una hasta que ha recorrido todo el curso del río, porque es durante ese trayecto donde va tomando conciencia, oye a los peces y a las aves hablar del gran océano y poco a poco van preparándose para unirse a él. Aunque quieran verlo antes, aunque se quieran anticipar, hasta que no lleguen a la desembocadura del río no les será revelada la verdad. Nosotros recorreremos juntos el camino hasta el final. Nos abrazamos felices, nos teníamos los unos a los otros en este viaje.

Encontramos refugio en la escasa sombra que proyectaba una negra roca de forma piramidal. Al soltarnos la cuerda de la cintura pareció que nuestros cuerpos flotasen sin el peso que teníamos que arrastrar. Nos servimos unas raciones de fruta que comimos con un apetito voraz. El agua era un bien más escaso y solo nos permitimos refrescarnos un poco nuestras gargantas secas. Nos quedamos tumbados, las altas temperaturas nos impedían mover un solo músculo sin agotarnos de inmediato.

—Deberíamos esperar a que baje el sol. Andaremos durante más tiempo y consumiremos menos agua.

Argumenté mientras me acomodaba contra la pared de roca tratando de encontrar una brizna de aire que refrescara mi ardiente cuerpo, por otra parte tarea imposible en aquel lugar. Cuando cayó la tarde y el sol comenzó a ocultarse abrí los ojos. Había caído en un sopor al igual que mis compañeros. Con la llegada de la noche y una bajada considerable de las temperaturas nos despejamos.

—Ni siquiera me he dado cuenta de que me dormía. Hemos perdido muchas horas de luz para caminar. —dijo Borja con preocupación.

—No importa no hubiésemos podido dar dos pasos bajo ese sol abrasador.
—le contestó Pablo.

—Pablo, Noreia, si no caminamos durante muchas más horas al día haremos corto de agua y de alimentos. Os dais cuenta de lo que eso

significa. Podemos perecer en medio de este desierto.

—Bien, pues caminaremos desde el atardecer hasta el amanecer y descansaremos durante el día. La verdad no veo otra forma de poder hacerlo. —argumenté.

— ¡Nos perderemos caminado por la noche!

—No Borja. —dijo Pablo. —podemos utilizar las estrellas como puntos de referencia e incluso es fácil que con mi vista pueda ver los picos en el horizonte.

Con el cielo lleno de estrellas y las que marcaban la posición de los picos fijadas en nuestra memoria nos atamos la cuerda y comenzamos de nuevo el camino.

Era la primera noche que pasábamos en el desierto y la temperatura seguía descendiendo, comenzábamos a tener frío allí donde habíamos estado a punto de desfallecer de calor. Aquel lugar era imprevisible.

Al principio Borja y yo caminábamos torpemente en la oscuridad guiados por la excelente vista de Pablo. Poco a poco nos fuimos adaptando avanzando de manera más cómoda aunque no más rápida. El frío era soportable si no parábamos, en el momento en el que lo hacíamos penetraba en nuestros cuerpos dejándonos agarrotados, sufriendo después para volver a entrar en calor, así que decidimos no parar durante la noche de no ser que fuese extremadamente necesario.

Durante el día apenas pudimos hablar por la fatiga, por la noche fue todo lo contrario conversamos sin parar hasta que nos sorprendió el amanecer. Seguimos caminando hasta que el calor se hizo tan insoportable que tuvimos que parar antes de desfallecer. No había roca alguna que nos prestase su sombra y éramos incapaces de dar un paso más. Decidimos utilizar el trineo por primera vez como refugio. Lo descargamos le dimos la vuelta y nos metimos debajo protegiéndonos del sol. Comimos algo, bebimos un poco de agua y nos dispusimos a dormir agotados por el intenso calor.

Las sensaciones de caminar durante la noche a pesar del frío habían sido muy buenas, consumimos menos agua, estábamos más descansados y recorríamos más distancia.

Tras muchos días nos volvimos unos expertos caminando durante la noche, lo hacíamos mucho más rápido ayudados también por el menor peso del trineo según consumíamos el agua y los alimentos. Las montañas se veían ya perfectamente.

—Todavía está oscuro ¿no debería haber amanecido ya? —pregunté extrañada mientras caminábamos.

—Sí. Además hace un rato que no consigo distinguir las siluetas de las montañas ¿Qué opinas Borja?

—Estoy con vosotros, hay algo raro en el ambiente.

Según se fue haciendo de día una gran nube marrón se fue adueñando del horizonte, no dejaba ver el sol ni las montañas. Era de una belleza tan extraordinaria que nos causó una gran inquietud.

— ¿Tenéis alguna idea de que puede ser? —pregunté nerviosa.

—No, pero parece que avanza hacia nosotros, deberíamos ponernos a resguardo y esperar. —dijo Pablo.

—Que os parece si nos desviamos hacia aquellas rocas, no están tan lejos y serán un buen lugar si la cosa se pone fea.

El grupo de rocas quizá era el más grande que habíamos visto hasta ese momento. A los tres nos pareció una buena idea y nos encaminamos a refugiarnos en ellas.

—O me lo parece a mí o esa nube cada vez es más grande. —dijo Borja.

—Está avanzando más rápido de lo que pensaba. —contestó Pablo.

—Tenéis razón. Esto no me gusta nada, tenemos que acelerar el paso y llegar cuanto antes a las rocas. —dije asustada.

Caminamos todo lo rápido que pudimos, las rocas ya estaban cerca. A nuestra agitada respiración se unió una ligera brisa de aire.

—Esto no me gusta nada. —dijo Pablo

—Vamos ya casi estamos. —nos animó Borja con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Tan solo nos faltaban unos pasos cuando la brisa se tornó en un viento huracanado que nos frenó por completo impidiéndonos avanzar. La comida comenzó a esparcirse y sin pensármelo salté encima del trineo con la intención de cubrir los alimentos con mi cuerpo. Distinguí a duras penas una sombra que se arrastraba hacia mí y oí el débil sonido de una voz. —Agárrate fuerte. — en ese momento me di cuenta de que había cometido un error fatal ¡No estaba atada! Me invadió el pánico y comencé a temblar. Si el viento me arrastraba me perdería para siempre en los

confines del desierto. La tormenta de arena era cada vez más violenta.

— ¡Cógela! —entre abrí los ojos y vi que Borja me tendía un cabo de cuerda.

— ¡Sujétate a ella, no tenemos elección, hay que abandonar el trineo!

— ¡¿Abandonarlo?!

— ¡Vamos no hay tiempo, pereceremos si nos quedamos aquí! ¡Tenemos que llegar a las rocas!

Cogí la cuerda que nos había servido para tirar del trineo y que Borja había soltado para desprendernos de él. Me tiré al suelo me até y nos arrastramos hacia las rocas que ya casi habían desaparecido entre la espesa cortina de arena y viento. Cada segundo era vital, apenas podíamos respirar. Pablo notó el tacto duro y rugoso de las rocas. Todavía no estábamos a salvo, el viento casi nos levantaba del suelo. Íbamos completamente a ciegas, desorientados, en nuestro ánimo aparecían los primeros síntomas de desesperación cuando Pablo gritó:

— ¡Aquí hay un agujero! ¡Entra Noreia, es estrecho pero quizá sea lo suficientemente largo para los tres, date prisa!

Yo era la más pequeña por lo tanto la que más facilidad tenía para explorarlo. Me adentré era tan largo que no llegué al final y tan estrecho que apenas te podías revolver en él pero lo suficiente para mis amigos. Les grité para que entraran.

Tumbados uno detrás del otro jadeábamos y tosíamos medio asfixiados por la arena intentando recuperarnos

Todo había sucedido muy rápido, la situación era extrema: sin alimentos, sin agua, con un largo camino por recorrer todavía y con la terrible certeza de que el desierto no nos iba a dejar atravesarlo en esas condiciones. Llevaba muchos días viviendo en él, los suficientes como para saber que su naturaleza era extrema y que no daba opciones. Si lo amabas o lo odiabas te destruía. Solo podíamos caminar sobre él sin juzgarlo, aceptándolo tal y como era. Si intentábamos continuar preocupados con temores y sin saber si lo íbamos a lograr, no nos lo perdonaría.

Había pasado mucho rato y el sonido de la tormenta de arena era ensordecedor. Pablo hizo la pregunta que todos teníamos en la cabeza:

— ¿Qué vamos a hacer? —hubo un largo silencio.

—Atravesar el desierto en estas condiciones es imposible. —contesté

— ¿Y si para la tormenta? —volvió a preguntar.

—Aun así es imposible. No tenemos comida ni agua. No duraríamos ni un día. —contestó Borja.

Volvimos a guardar silencio, asustados y preocupados por la terrible situación en la que nos encontrábamos. Un ruido extraño en el interior de la estrecha cueva llamó nuestra atención. Era como si algo rascara la roca; al principio el sonido era débil, se fue intensificando hasta que el suelo cedió formándose un agujero no muy lejos de nosotros. Miramos con inquietud y curiosidad y cuando me fui a acercar asomó una pequeña cabeza. Grité yéndome hacia atrás. La reacción de quien fuese que se había asomado fue la misma, gritó y se escondió.

— ¡No os acerquéis y nadie sufrirá daños! —dijo la voz desde el agujero.

— ¡Somos un ejército de topos, manteneros alejados del agujero mientras salimos y continuamos con nuestro camino!

—No se preocupen solo queremos... —Borja no tuvo tiempo de terminar la frase.

La cabeza asomó de nuevo se nos quedó mirando un instante, dio un salto y echó a correr desapareciendo en el interior de la cueva. Esperamos que el resto hiciesen lo mismo, ante nuestra incredulidad nadie más volvió a aparecer.

—Hay que reconocer que era un topo muy listo. Nos engañó a los tres.

—dijo Pablo divertido.

Encajamos con humor aquel engaño como una buena lección de supervivencia por su parte. Llegó la noche sin cambios en el exterior, solo pudimos dormir y esperar que al día siguiente las cosas cambiaran, pero no fue así. El viento nos despertó aullando todavía con más fuerza, apenas entraba en la cueva una ligera claridad que nos insinuaba que quizá ya había amanecido.

—No podemos continuar aquí por más tiempo sin hacer nada. —dije

— ¿Que otra cosa podemos hacer? ¡Mira cómo está el tiempo ahí fuera!

—protestó Pablo.

Comprendía a Pablo pero me resistía a seguir esperando por más tiempo y dije:

—El topo no ha vuelto a lo mejor esta cueva conduce a algún lugar.

—Borja se puso en guardia.

— ¿No estarás insinuando que nos adentremos a oscuras en la cueva? Es peligroso, nos podríamos perder y no salir nunca más. Además la cueva no tiene porqué continuar, ha podido cavar otra galería.

— ¡O nos adentramos en la cueva o nos adentramos en el desierto! ¡Pero aquí no me pienso quedar! ¡Hemos salido de muchas los tres juntos y saldremos de esta! ¡Y creo que la cueva es la mejor opción! —dije tajante y con una seguridad que dio el empujón anímico que les hacía falta a mis amigos.

—En el desierto no tenemos ninguna opción. —dijo Borja dubitativo.

— ¡Pues adentrémonos en la cueva! —contestó Pablo arrastrándose hacia el interior con total decisión.

— ¡¿Adónde vas?! ¡Espera un momento! —le dijo Borja sujetándolo.

— ¿Por qué? Si ya lo hemos decidido ¿a que esperamos?

—Por lo menos vamos a decidir cómo hacerlo.

—Arrastrándonos ¿Cómo si no? —contestó pablo convencido.

Me eché a reír, me encantaba el ímpetu de Pablo. No veía peligro alguno aunque estuviese rodeado de él hasta que se manifestaba. Se giró, se acercó a nosotros e hizo un gesto como que escuchaba. Borja tomó la palabra:

—Creo que debemos seguir atados para no separarnos y evitar que alguno de los tres se pierda. Noreia irá la primera, es la más ágil...

— ¡No! De ninguna manera. —interrumpió Pablo. —no sabemos los peligros que hay, yo la protegeré a ella y a ti yendo el primero. —acabó diciendo estrechándome contra él.

Borja lo miró con cariño y admiración y acariciándolo le contestó:

—Sé que lo darías todo por nosotros, igual que yo por vosotros. Somos un equipo y se trata de salir de aquí todos juntos. Si Noreia va la primera y el terreno cede o cae por algún agujero nosotros dos la podremos sujetar y recuperarla. Si por el contrario somos tú o yo los que vamos delante y ocurre algo de esto arrastraremos a los otros dos. —Pablo asintió, el sentido común de Borja volvía a imperar.

—Si pensáis adentraros en esta cueva vosotros solos sin un guía es que estáis locos o muy desesperados. Tenéis suerte de que os haya

encontrado.

Al oír esas palabras nuestra conversación terminó de golpe. A escasos metros la figura del topo rebosante de seguridad en sí mismo nos miraba como si él fuese la solución que estábamos esperando a todos nuestros problemas. Pablo fue el primero en reaccionar:

— ¿Por qué nos vamos a fiar de ti? Ya nos engañaste antes.

—Bueno amigo, no te lo tomes así, no esperaba compañía aquí y tomé mis precauciones. Lo que importa es que necesitáis un explorador y yo soy el mejor.

— ¿Conoces alguna otra salida lejos del desierto? —pregunté exaltada.

—Estoy en ello.

—Sí, claro. —le contestó Pablo en tono burlón.

Rápidamente intervino Borja: —Hola soy Borja, Noreia y Pablo. Chicos demos la bienvenida a nuestro nuevo amigo.

Pablo entendió lo que estaba haciendo Borja y saludó pidiendo disculpas al nuevo miembro. Su gran corazón siempre acababa dominando sus ataques de desconfianza cuando conocía a alguien. Él correspondió a nuestros saludos y se presentó.

—Soy José Luis, pero me podéis llamar Draco y estoy encantado de unirme a vosotros.

—Es bueno contar con un nuevo amigo que fortalezca el grupo. —contestó Borja.

— ¿Conoces a Cristina? ¿Te habló de la fuente? ¿Sabes cómo llegar?

—Tranquila, respira, te contestaré todo lo que quieras saber. —me sonrojé y mis amigos se echaron a reír.

—No conozco a Cristina ¿Es vuestra amiga?

—Es nuestra guía, es una gran águila. Ella nos recibió cuando llegamos a este mundo. Nos ayudó a adaptarnos y nos dijo que debíamos buscar la fuente de nuestro destino después desapareció y no volvimos a saber de ella. —le expliqué a Draco.

—Mi guía se llama Laín, es un lobo gris. Me contó que hay miles de ellos recibiendo a los niños que llegamos a este mundo. Ellos nos ayudan en

nuestra búsqueda, aunque no todos se presentan como guías.

— ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Borja intrigado.

—Muy fácil ¡Por debajo de la tierra! —contestó Draco con tono victorioso, contemplando satisfecho la mueca que se dibujaba en nuestras caras.

— ¡¿Has excavado una galería por debajo del desierto?! —preguntó alarmado Borja.

—No exactamente.

— ¡Vamos por favor, explícate! —le inquirió Pablo impaciente.

Draco acentuó más su sonrisa, se hizo esperar un poco, le encantaba mantener la atención de los demás sobre él y contestó:

—La galería ya estaba hecha, yo solo caminé hasta llegar aquí ¡Veis que fácil!

Nos tuvimos que rendir a Draco, al poco rato de conocerlo ya parecía que hubiese estado con nosotros desde el principio. Le contamos nuestro viaje paso a paso. Él nos escuchó atentamente y cuando terminamos nos contó cómo había sido el suyo.

—Llegué a este mágico mundo en las grandes praderas. Allí me esperaba Laín. Inicé mi aprendizaje con él, juntos llegamos hasta el bosque inundado donde desapareció. "escucha a la naturaleza y sigue tu camino. Encontrarás ese lugar en el que solo tú decides". No me dijo más. El bosque estaba en un pantano cubierto de hojas, vegetación y de una densa niebla que no dejaba pasar ni un rayo de luz. Había raíces y ramas que sobresalían del agua por las que podías caminar, pero una vez que te adentrabas era imposible distinguir nada, lo intenté muchas veces.

Un día decidí que lo tenía que atravesar pasase lo que pasase. Caminé entre la niebla durante lo que a mí me pareció una eternidad. Cuando creí que nunca más iba a salir de allí, me encontré con tres hermanos castores: Arancha, Jaime e Iñigo. Eran geniales y enseguida nos hicimos amigos. Los trillizos me ayudaron a atravesar el bosque, pasamos muchos días juntos hasta que llegamos al final y desde allí pude observar con decepción como un lugar húmedo y tenebroso se transformaba en un lugar árido y desolado. Era imposible para mí continuar. Los trillizos me animaron a que continuase mi viaje con ellos. Buscaban el gran río con la intención de remontar su curso hasta las montañas. Enseguida supe que ese no era mi camino. No sabía nadar como ellos y tampoco podía seguirlos desde la orilla como sugirieron, solo les crearía problemas. Con

todo nuestro dolor en aquel lugar nos despedimos.

Tras varios días de deambular entre el bosque y el desierto para mi sorpresa y gran alegría volvió Jaime a buscarme. A no muchos días de allí habían encontrado la entrada a una cueva, me dijo que había que bucear un poco para entrar pero que después se secaba y se adentraba bajo las arenas del desierto. Me puse muy contento por fin y con la ayuda de mis amigos pude continuar mi viaje.

Llegar hasta aquí fue fácil, la cueva solo tenía una dirección, es a partir de este lugar donde se complica convirtiéndose en un laberinto de galerías y solo una conduce a las montañas.

— ¿Cómo sabes que esta cueva conduce a las montañas? —le pregunté adelantándome a los demás, muy alterada al oír aquella noticia.

*—Al igual que a vosotros, a mí me habló el espíritu de la cueva.
—contestó Draco.*

— ¡Estamos en el camino correcto! —gritó Pablo. —Todos buscamos las montañas.

Aprendimos que nada ocurre por casualidad. Lo que en un principio pensamos que iba contra nosotros como la tormenta nos estaba empujando hacia el camino que debíamos seguir.

—No estamos solos. La energía que baña este maravilloso universo nos guía y nos protege, aunque a veces no seamos capaces de comprenderlo. Nos ama.

—Estoy convencido de ello Noreia, cuando lleguemos al final de este viaje descubriremos el sentido de todo. —me dijo Borja cariñosamente.

—No os preocupéis, yo os guiaré, siempre cumplo mi palabra. Puedo ver en la oscuridad como si fuera de día.

—Bien, nos ataremos a ti para no perdernos. —dijo Borja.

Nos adentramos en el interior. Draco era nuestros ojos detallándonos todo lo que había a nuestro alrededor. La estrecha galería que formaba la cueva cuando entramos refugiándonos de la tormenta, se fue ensanchando a medida que avanzábamos, convirtiéndose en una gigantesca sala taladrada por miles de agujeros que conducían a una maraña de galerías que se cruzaban formando el laberinto del que nos había hablado Draco. Unas no tenían salida, otras se perdían en las entrañas de la tierra, otras después de recorrerlas durante mucho tiempo te devolvían al mismo lugar y solo una de entre todas conducía a las

montañas.

Sin duda alguna si nos hubiésemos aventurado a adentrarnos los tres solos jamás habríamos podido salir de allí. Draco apareció en el momento oportuno para rescatarnos. Él llevaba tiempo explorando esas galerías y aunque no había encontrado la salida tampoco se había perdido en el laberinto que formaban. Era un gran explorador tal y como nos había dicho.

Las paredes rezumaban agua, la humedad ayudaba a bajar la temperatura y a crear un ambiente fresco y agradable. Por suerte los largos días bajo el abrasador sol del desierto quedaban atrás

Nos metimos por un agujero todavía más estrecho que el de la entrada. No nos podíamos revolver y nos arrastramos con mucha dificultad sobre una fina capa de barro. La galería se ensanchó un poco en el lugar donde se cruzaba con otra y un poco más adelante dos bocas se abrían hacia la izquierda y tres hacia la derecha. Comenzaba el inmenso laberinto.

Draco se paraba cada poco rato inspeccionando cada boca que aparecía. Avanzábamos lentamente. Al fin entramos en una galería en la que nos pudimos incorporar. Se paró en una bifurcación de la galería, dudó unos instantes y después de tomarse un rato para examinarla tomó una dirección. Al poco rompió el silencio con un grito:

— ¡Mirad allí!

Se veía un minúsculo punto de luz al final, como una estrella en la inmensidad del firmamento. Estaba muy lejos pero a medida que avanzábamos notábamos una ligera corriente de aire ¡Tenía que ser la salida! Impacientes por llegar aceleramos el ritmo.

Sonó un estruendo que llenó la oscuridad y el suelo que había debajo de nosotros desapareció ahogando nuestros gritos en el ruido del derrumbamiento. Caímos y el tiempo se detuvo dejándonos suspendidos en la oscuridad hasta que el agua fría envolvió nuestros cuerpos. Uno a uno emergimos en la superficie tomando una gran bocanada de aire.

— ¡Hemos caído en un río subterráneo! —gritó Draco.

— ¡Intentemos nadar hacia una orilla! —contestó Pablo.

— ¡No hay orillas! ¡Hasta donde puedo ver son dos paredes lisas! ¡Será mejor que nos dejemos llevar por la corriente! —respondió Draco.

Todavía en shock y en completa oscuridad sentimos nuestros cuerpos desplazarse. El caudal del agua fue disminuyendo hasta cubrirnos por la cintura. Draco que seguía encabezando el grupo se paró y nos describió lo

que tenía delante: La galería descendía bruscamente formando un tobogán por el que caía el agua. No había otra salida que lanzarnos. Nos sentamos en fila y en cuanto Draco se dio un pequeño impulso ayudado por la superficie resbaladiza y la fuerza del agua, salimos a toda velocidad en un descenso vertiginoso por un sinfín de curvas. Como por arte de magia todo se iluminó, el caudal de agua azul intenso y las paredes circulares de roca húmeda cobraron vida. La luz provenía del final del tobogán por donde salimos expulsados cayendo por una cascada hasta hundirnos en una poza de agua.

— ¡Vaya pasada! ¡Repetimos!—gritó Draco con una gran sonrisa.

— ¡Ha sido increíble, como me he divertido! ¿Qué te ha parecido Nore?
—me preguntó Pablo mientras me ayudaba a salir de la poza.

— ¡Súper divertido! Aunque no todos opinamos igual —dije acariciando a Borja.

—Bueno ya me conocéis, me gustan las cosas más tranquilas.

Bellas formaciones de roca se descolgaban desde la altura intentando llegar al suelo. La poza se abría en un pequeño riachuelo que cruzaba la sala. Exploramos aquel lugar. El sonido de la cascada rebotaba en las paredes y en las rocas llenando el espacio. El agua rezumaba por todos los poros de la inmensa sala creando una lluvia constante. Cada gota esculpía las rocas dando forma a una obra de arte que no paraba de transformar su belleza a través de los tiempos.

¿Oiría el desierto la canción del agua? ¿O era el mismo desierto el que lloraba y sus lágrimas se filtraban, porque el sol como un celoso y posesivo amante lo abrasaba? Quizá cuando se escondía detrás de la línea del horizonte, la noche fría abrazaba sus dunas en suaves caricias gélidas y el viento le entonaba canciones de lugares que habían sufrido estériles y que ahora eran fértiles vergeles. Porque las lágrimas que caen en el exterior se secan evaporándose. Pero las que caen en el interior purifican el corazón y liberan el alma.

La luz provenía de un pasadizo al final de la sala a la que iluminaba. Corrimos hacia él embargados por la inmensa felicidad de haber encontrado por fin la salida. Lo atravesamos frenando de golpe en el borde del abismo que se extendía delante de nosotros. No dábamos crédito a lo que estábamos viendo. Millones de hermosas lucecitas en continuo movimiento iluminaban el oscuro vacío que se perdía en las entrañas de la tierra. Parecía mentira que la luz que iluminaba la sala y el tobogán pareciese ínfima entre tanta oscuridad.

— ¿Cómo vamos a salir de aquí? —se lamentó Borja.

—No hay marcha atrás, es imposible ascender por la cascada. —reflexiono Pablo en voz alta.

—Esta es la salida. Sé que parece una locura pero estoy convencido.
—dijo Draco.

—No podemos avanzar, nos caeríamos por el precipicio. —contestó Pablo.
—Lo has intentado Draco, has luchado por sacarnos de aquí y si no se hubiera derrumbado el suelo lo habrías logrado. Tú no tienes la culpa de que estemos atrapados en este lugar.

—Tiene que haber una salida por otro lado, volvamos hacia atrás y busquemos bien. —dijo Borja.

—No hay otro camino. Este es el único. —Contestó Draco convencido.

—Draco ¿no te das cuenta de que es imposible seguir? Has hecho todo lo posible y sin ti no habiéramos podido caminar en la oscuridad pero si nos caemos en ese abismo será el final. Moriremos. Al oír esa palabra volví en mi "morir" siempre estaba presente aunque nunca la habíamos pronunciado. Miré a mis amigos y los amé más de lo que los amaba.

—Saltaremos. —les dije

— ¡¿Qué?! —contestaron los tres a la vez.

— ¿Es que no acabas de oír lo que le he dicho a Draco? —me replicó Borja en tono serio.

—Sí ¿Y qué? —contesté con toda la naturalidad.

— ¿Te golpeaste la cabeza cuando bajamos por el tobogán? —dijo Pablo.

No pude evitar echarme a reír.

—Noreia no estamos para bromas en este momento. —me recriminó Borja.

—No es una broma. Lo digo completamente en serio. —dije mirando a los tres.

—Estoy con ella. —dijo Draco.

—Todo lo que nos ha sucedido en nuestro viaje nos ha traído hasta aquí y

no nos vamos a rendir, ni siquiera este abismo nos parará.

—Noreia si saltamos será el final ¿Lo entiendes? —me dijo Borja en tono comprensivo.

—No existe el final Borja. Escúchame. Cuando hablé con el espíritu del anciano árbol me dijo unas palabras que en ese momento no comprendí y que ahora adquieren todo el sentido.

— ¿Qué palabras? —preguntó.

—Me dijo que la energía del universo es la vida.

— ¿Qué quiso decir con eso?

—Le pregunté lo mismo y el me respondió con otra pregunta.

— ¿Cuál? —preguntaron los tres a la vez.

— ¿Se puede acabar algo que no tiene fin?

Dejé que la pregunta del anciano árbol calara en ellos y guardé silencio durante un largo rato. Después proseguí:

—La vida continúa siempre. De formas que todavía desconocemos. Por favor pensar en ello. Descansaremos y tomaremos una decisión todos juntos.

Besé a mis amigos uno por uno, estaban profundamente conmovidos. Nos retiramos en silencio y cada uno meditó su decisión. El primero en acercarse a mí fue Pablo y me susurró:

— ¿No pensarás que voy a dejarte sola?

— ¡Eh! dejarme un sitio que yo también me apunto al vuelo. —dijo Draco abalanzándose sobre nosotros.

Borja despierto por la algarabía nos observaba con aire pensativo. Lo miramos esperando una respuesta. Draco se anticipó con su gran sonrisa y su inagotable sentido del humor:

—Vamos Borja ánimo. Nunca he visto a un oso volar. —Borja sonrió.

—Por nada del mundo me voy a separar de vosotros. —contestó.

Habíamos tomado una decisión. Seguramente la más valiente desde que iniciamos nuestro viaje. La única que contravenía nuestras normas de prepararnos y tener un plan para afrontar un reto, pero en algún

momento las cosas no se pueden planificar y hay que dar un salto al vacío y el nuestro nos esperaba. ¿Qué habría abajo? ¿Qué pasaría cuando saltásemos? ¿Y qué eran esas millones de lucecitas que flotaban en la oscuridad? Demasiadas preguntas y ni una sola respuesta. El silencio abrazaba nuestros corazones. La decisión estaba tomada, sí, pero ¿nos atreveríamos a realizarla?

Al final del pasadizo el suelo desaparecía y no se veía el fondo. Nos acercamos hasta el borde y volvimos a mirar abajo. Dudé por un instante y enseguida recordé como el miedo me atenazó en el bosque y solo cuando ascendí sobre él pude ver la belleza que ocultaba.

— ¿Estáis seguros de que esta es la única salida? —preguntó Borja con un hilo de voz.

—Sí. —contestó Draco mirándole a los ojos.

—Es mejor que nos alejemos y no sigamos mirando o al final el miedo nos hará cambiar de opinión. Volvamos a la poza a darnos un baño, no tenemos prisa. —dijo Pablo

—Tienes razón, divirtámonos un rato. El abismo puede esperar. —apoyé a Pablo.

Borja se separó, se resistía a creer que esa era la única salida y decidió explorar de nuevo la gran sala por su cuenta, en un último esfuerzo por encontrar otra salida.

Nosotros mientras tanto jugamos y nos bañamos en la poza a la espera de que se uniera. Pasó mucho rato, cuando comenzamos a inquietarnos y Pablo sugirió ir a buscarlo Borja apareció cabizbajo y afligido.

—No hay otra salida. —dijo.

—Vamos Borja no puedes estar así, si tienes dudas no podremos saltar. Recuerda lo que nos dijo el espíritu del río. — le intentaba animar Pablo.

—Yo también tengo miedo a saltar pero si Draco y Nore están seguros de que es por ahí, saltaré `porque creo en ellos y eso me basta.

A Borja se le iluminó la cara. No se lo había planteado de esa manera. Se sentía demasiado responsable de nosotros. Se dio cuenta que este era un viaje de aprendizaje y aprendió una gran lección: hay que creer y confiar en las personas a las que amas, si no ese amor se puede convertir en una cadena que limita y hace sufrir al que ama y al que es amado. Borja rompió esa cadena y el amor que sentía por nosotros se convirtió en libertad para aceptar lo que el destino nos tenía reservado a cada uno de

nosotros. Sin tratar de evitar lo inevitable.

—Gracias amigos. —dijo Borja con lágrimas en los ojos. —Si el abismo es el único camino no esperemos más.

No fuimos corriendo como la primera vez embargados por la felicidad de creer que habíamos encontrado la salida. Nos dirigimos lentamente, sin querer llegar.

Nos volvimos a asomar, las lucecitas iluminaban la pared que se perdía abajo en la oscuridad creándonos una sensación de vértigo que nos hizo retroceder unos cuantos pasos. Nos miramos sin poder articular palabra, en ese momento sobran, nuestros rostros lo decían todo. El miedo nos había atrapado paralizándonos hasta que Draco habló:

—El abismo también es belleza, su silencio es paz y las millones de lucecitas nos iluminarán. No nos ha hecho nada para tenerle miedo, él simplemente está ahí. Somos nosotros quienes estamos creando el miedo entorno a él ¿No os dais cuenta? Somos creadores. En vez de crear un abismo tenebroso, creemos uno de luz y de amor y unámonos a él.

Nos quedamos maravillados con las palabras de Draco, las lágrimas caían por nuestras mejillas y la energía volvió a fluir por nuestros corazones con determinación.

Nos abrazamos, caminamos juntos de espaldas hasta el principio del pasadizo y comenzamos a correr hacia el abismo que se había convertido en el universo lleno de estrellas que tantas veces habíamos contemplado en la noche. En el borde del precipicio nos dimos el último impulso y dejamos de tocar el suelo. El tiempo se detuvo. Las millones de luces desaparecieron en el fondo del abismo emergiendo en un rayo de luz que recorrió la oscuridad como un relámpago y sin darnos cuenta nos vimos viajando sobre él entre las nubes.

—Vuestra decisión y vuestro valor son admirables. —oímos una voz dentro de nosotros. —Habéis sabido ver la luz en la oscuridad.

— ¿A que te refieres? —pregunté.

—Por difíciles que se pongan las cosas siempre hay un camino por el que continuar. Los cuatro juntos habéis superado una prueba muy difícil trabajando en equipo y confiando los unos en los otros.

— ¿Eres un espíritu de la naturaleza? —preguntó Pablo.

—Sí, lo soy.

— ¿Por qué siempre actuáis así? Si sabías que este era el único camino ¿por qué no apareciste antes de que saltáramos? —le recrimino Pablo.

—Pequeño tigre entiendo tu enfado, sin embargo no podemos interferir en vuestras decisiones. Debéis de hacerlo vosotros y asumir sus consecuencias para que podáis aprender y haceros más fuertes. Aunque no nos veáis siempre estamos protegiéndoos.

— ¿Nos llevarás hasta la fuente? Le preguntó Draco.

—Os llevaré hasta el lugar al que os dirigáis. Las montañas de los Sueños.

— ¿Por qué se llaman así? ¿Allí está lo que buscamos?—preguntó Borja.

—Escuchad. Este mundo es vuestro mundo interior, los niños lo creasteis para viajar por él en busca de vuestro destino. Cuando el universo, maravillado, lo contempló, conmovido les dijo a las estrellas fugaces: "Por la noche cuando la humanidad duerma apareced y desapareced trayéndome todos sus sueños, y las estrellas así lo hicieron. Una vez el universo tuvo todos los sueños los depositó sobre las montañas y les dijo: "Vosotras que por la noche me dais la mano cuidareis de los sueños para que estén cerca de mí y en agradecimiento cada vez que el alma de un niño llegue a hasta vosotras un sueño se hará realidad" "Permite también que cada persona que luche y persiga sus sueños los haga realidad" Pidieron a su vez las montañas al universo y este les concedió su petición.

— ¿Cómo llegan las almas de los niños a las montañas? —le pregunté.

—Mis pequeños niños. —rio el espíritu. —Esa respuesta la debéis buscar vosotros y cuando la encontréis, encontrareis lo que buscáis. Buscad también la respuesta a esta pregunta ¿Por qué no habéis vuelto a comer ni a beber desde que entrasteis en la cueva? Os ayudará a encontrar la primera respuesta.

El camino a los picos no es fácil. Noreia, tu sueño os ha traído hasta aquí. Querías acariciar las nieves eternas no renuncies ahora que estás tan cerca.

Pablo tu sueño es superarte y superar todas las dificultades que se presenten en tu camino y hasta ahora lo has conseguido. Las más difíciles las tienes delante de ti...no te rindas.

Borja, a pesar del miedo tu sueño es volar, hoy eres feliz porque lo has cumplido en parte pero cuando llegue el momento si lo sabes ver podrás

cumplirlo de verdad volando tu solo.

Y tu Draco, tu sueño es hacer felices a los demás y motivarlos. Te van a necesitar.

. Hacía solo un instante que estábamos cogidos de las manos suspendidos en el vacío y nos encontrábamos sentados en las faldas de las montañas, como si nada hubiese ocurrido en ese intervalo de tiempo.

— ¡Ha sido increíble! ¡Mirad donde estamos! ¡En las montañas! —gritó Pablo entusiasmado.

— ¡Lo hemos conseguido! ¡Soy el mejor explorador del mundo, sabía que ese era el camino! —gritó a su vez Draco entre carcajadas dejándose caer de espaldas en la hierba.

Pablo y Draco gritaban y saltaban juntos mientras Borja y yo los mirábamos contagiados por su euforia sin parar de reírnos, disfrutando de aquel momento de felicidad.

—Ha sido maravilloso. Enfrentándonos a la oscuridad y al miedo hemos llegado a este valle de luz y de alegría. Gracias. —dijo Borja, siempre tranquilo y agradecido.

Pablo y Draco al oír las palabras de Borja dejaron de revolcarse por el suelo y lo miraron sorprendidos.

— ¿Por qué nos das las gracias? Somos un equipo. —le dijo Draco.

—Sí. Sin ti no lo habríamos conseguido, somos más que un equipo. Somos "amigos" ¡a por él! —gritó Pablo.

Acto seguido se abalanzaron sobre Borja y yo que estaba al lado me vi envuelta entre gritos, risas y revolcones rompiendo el eterno silencio de las montañas de los sueños.

Después de un breve descanso la doctora volvió, posó la mano en el pomo de la puerta, echó vistazo un vistazo a través del cristal y se dispuso a entrar respirando profundamente. Apenas hacía una hora que había comenzado su turno de guardia, pero sabía que iba a ser una noche tranquila. A lo largo de los años había ido desarrollando una especie de sexto sentido que le hacía intuir cuando una noche iba a ser intensa o tranquila y pocas veces se equivocaba. Desde el umbral de la puerta observó a los bebés sumergidos en una maraña de vías y tubos conectados a monitores y máquinas que pitaban continuamente. Volvió a respirar profundamente y apartó de su mente todos los pensamientos que

le pudiesen afectar, hacía tiempo que se había dado cuenta de que era algo que no podía permitir mientras ejercía su profesión, en los días malos se aferraba a sus conocimientos para mantener el control y la seguridad en sí misma.

Revisó varias veces los informes de los pequeños pacientes para ver cómo habían evolucionado durante el día, para asegurarse de que ningún detalle por insignificante que pareciese se le pasaba por alto. Conocía a todos los bebés que en ese momento se encontraban allí, había ocasiones en que los bebés entraban y salían tan rápido de la UCI que no le daba tiempo a conocerlos. Estos últimos llevaban bastante tiempo y había podido crear lazos con todos ellos, por más que la razón le dictase que no se involucrara emocionalmente para poder ejercer su trabajo con la mayor objetividad. Aunque la razón no siempre vence al corazón.

Acarició la mejilla de la pequeña que tenía delante, tratando de transmitirle tranquilidad y protección. El rostro de la pequeña emanaba serenidad. La doctora no podía dejar de asombrarse una y otra vez porque parecían pequeños adultos. La miró fijamente deseando entrar en su mente y saber que estaba ocurriendo en ella. Saber si la podía sentir a su lado, si sus caricias le llegaban de alguna manera; aunque lo que realmente quería saber era donde se encontraba, ver el mundo que ella veía, porque algo le decía que estaba muy lejos de aquella sala blanca del hospital. El pitido de una máquina la sacó de sus pensamientos acarició a la pequeña y le dijo: "Sigue luchando Noreia"

Hablaba mentalmente con ellos para que nadie la pudiese escuchar. Se volvió hacia la pequeña camita que tenía a su espalda presiono un botón en el monitor y el pitido cesó. Miró sonriendo al bebé que estaba allí le tocó la punta de los dedos del pie con ternura y maravillándose como cada día de su vida de la valentía de aquellos pequeños héroes le dijo: "Pablo por muy lejos que estés de aquí es imposible olvidarse de ti".

La doctora siguió su itinerario como un ritual que aplicaba siempre que tenía guardia nocturna y se quedaba a solas aprovechando el descanso de las enfermeras, que ella cubría gustosamente para tener ese momento mágico con sus pequeños pacientes.

Se acercó a la camilla del pequeño Draco, lo peinó y le dijo: "Tú que eres el que más tiempo llevas aquí espero que estés divirtiéndote a tus amigos".

En la última camilla un bebé de gordos mofletes esperaba sin esperar su visita: "Hola Borja ¿Cómo estás hoy?" le dijo mientras le recolocaba las gafitas del oxígeno.

Se dirigió al final de la sala donde había tres incubadoras juntas: "¡Vaya, vaya, que movimiento llevan esta noche los trillizos!". Arancha, Jaime e Iñigo se movían como tres polluelos recién salidos del cascarón "Ánimo

pequeños cada minuto que pasa es una victoria”

Cuando la enfermera abrió la puerta y entró en la sala recibió como saludo el silencio de la doctora que estaba sentada frente a una mesa con la mirada fija en un montón de papeles, el semblante serio que la caracterizaba y el aire de ausencia que le daba fama de mujer fría e insensible.

Algo cambiaba dentro de nosotros a medida que avanzábamos en nuestro gran viaje, nos estábamos transformando sin darnos cuenta. Con la mirada perdida en los altos picos les pregunté a mis amigos:

— *¿Creéis que ese es el final del viaje?*

— *¿Te refieres a que si allí se encuentra la fuente?*

— *Sí Pablo, siento algo extraordinario cuando los miro que no se explicar.*

— *A mí me pasa lo mismo. —intervino Draco.*

— *Estoy de acuerdo en que tienen algo de especial que me fascina, aunque parece imposible ascender hasta ellos.*

— *Borja es difícil pero acuérdate de las enseñanzas de los espíritus de la naturaleza “No hay nada imposible si creemos de verdad en ello” y yo creo que podemos hacerlo.*

Tiene que haber un camino, siempre lo hay y si permanecemos juntos lo encontraremos.

Las palabras de Pablo nos llenaron de confianza. Unidos nada nos podría detener. Draco se puso a caminar de un lado a otro mirando los picos como si los estuviera recorriendo. Después de un buen rato se dirigió hacia nosotros con una gran sonrisa, se nos plantó delante y se nos quedó mirando sin decir nada esperando que nuestra impaciencia hiciera el resto.

— *¡Vamos Draco no te quedes ahí parado sin decir nada! ¿Qué es lo que pasa? —le preguntó Pablo el primero sin poderse contener.*

— *Hay un camino. —contestó con tal naturalidad que nos dejó perplejos.*

— *¿Dónde? —preguntamos los tres.*

— *Mirad esos dos picos. Al más alto lo he llamado Serenidad y al que está justo al lado lo he llamado Tranquilidad para identificarlos. Es imposible acceder directamente al pico de la Serenidad, sus paredes son verticales y escarpadas. En cambio el ascenso al pico de la Tranquilidad no deja de ser*

difícil pero es más accesible, sus laderas son menos pronunciadas, podremos llegar hasta la cima. Una vez allí ¿veis la arista que los une? Fijaros bien apenas se aprecia por las nubes, la cruzaremos hasta el pico de la Serenidad superando las zonas más difíciles y estaremos en lo más alto de las montañas de los sueños ¿Qué os parece mi plan?

Hubo una explosión de júbilo y llenamos de halagos a nuestro gran explorador.

— ¡Pues pongámonos en marcha, no hay tiempo que perder! —nos apremió Draco.

Según ascendíamos la vegetación desaparecía dando paso a un terreno rocoso y peligroso, con grandes paredes verticales que salvábamos por estrechos senderos labrados en la piedra, evitando mirar los precipicios que se extendían por debajo de nosotros.

Cuando toqué la nieve por primera vez un océano de nubes cubría el valle y solo los picos de las montañas de los Sueños sobresalían majestuosamente de entre ellas.

La cima del pico de la Tranquilidad ya estaba cerca y se podía ver erguirse por detrás el pico de la Serenidad. Llegamos a la cumbre cuando las primeras estrellas aparecieron para vernos a los cuatro abrazados tan cerca de ellas. Descendimos hasta un lugar seguro y allí cavamos un refugio en la nieve para pasar la noche y descansar. Por la mañana cuando salimos del refugio quitando la nieve que había cubierto la entrada, el pico de la Serenidad estaba frente a nosotros.

— ¡Por fin! —dijo Draco. — ¡Es increíble!

—No hay palabras para describirlo. —añadió Borja.

A unos metros de la base donde nos encontrábamos nacía la estrecha y ascendente arista que como un puente unía los dos picos. Deberíamos de atravesarla de uno en uno con mucho cuidado de no caernos y desaparecer bajo el mar de nubes. Draco se puso el primero, yo me coloqué detrás de él, me siguió Borja y por último Pablo cerró la fila.

Draco inició la marcha por la fina arista y los tres le seguimos. Al principio la nieve estaba blanda y nos daba cierta estabilidad al caminar, según avanzábamos se iba endureciendo creándonos dificultades hasta que se transformó en gruesa capa de hielo en la que dar un paso se convirtió en un ejercicio de equilibrio.

El hielo crujía cada vez que hacíamos el más mínimo movimiento. Draco dio un paso y al apoyar el peso con mucho cuidado una grieta se abrió extendiéndose por delante de él. Se quedó paralizado e hizo un gesto para

que ninguno de nosotros se moviera. Nos paramos sin saber que ocurría. Draco se dio la vuelta lentamente, nos miró con cara de preocupación y con un hilo de voz nos dijo:

—Daros la vuelta muy despacio, tenemos que volver.

— ¿Volver? —dijo Pablo con un grito ahogado. —No podemos volver casi estamos.

Draco lo miró con expresión grave y en voz muy baja poniendo mucho énfasis en sus palabras le dijo:

—Hay – que – volver, el suelo se está agrietando, no hay tiempo que perder.

Cuando Pablo oyó esas palabras se dio cuenta de la gravedad de la situación y muy a su pesar se giró lentamente y comenzó a retroceder, Borja y yo le seguimos. Draco nos dio unos metros de distancia y emprendió el regreso pero a cada paso que daba la grieta se extendía siguiéndole por un extremo y avanzando por el otro hacia el pico de la Serenidad. Apenas lográbamos avanzar sin tener que detenernos a recuperar el equilibrio en aquel filo helado, cuando Draco se giró justo en el momento en el que la grieta se abrió desplomando la arista desde la cima hacia nosotros.

— ¡Correr! ¡Correr! —gritó.

Nos giramos y vimos por detrás de él derrumbarse la arista. Presos del pánico corrimos todo lo que pudimos en aquellas condiciones. Nuestras voces quedaron ahogadas en un gran estruendo y la nieve nos envolvió. Cuando se hizo el silencio abrí los ojos y pude ver a mis amigos tumbados en el suelo a mi lado.

— ¿Estáis todos bien? —pregunté.

Draco levantó la cabeza que tenía cubierta de nieve y sonrió. Pablo y Borja se incorporaron aturcidos.

—Sí, creo que sí. —contestó Borja

— ¿Dónde estamos? —preguntó Pablo desorientado mientras se sacudía la nieve del cuerpo.

—Estamos a salvo. —contesté.

Nos encontrábamos sobre la base en la que nacía la arista que había desaparecido por completo. Dejándonos en una situación devastadora. Un abismo cubierto de nubes nos separaba del cercano e inalcanzable pico de

la Serenidad. El sol ya no lucía radiante. Negros nubarrones se cernían por el horizonte y nosotros mirábamos atónitos con lágrimas de frustración el gran vacío que nos separaba de nuestra meta.

Sentados a resguardo bajo un pequeño desplome que hacía la pared del pico de la Tranquilidad, presenciábamos sin poder hacer nada la tormenta de viento y nieve que se estaba desencadenando y que azotaba los picos estremeciéndonos de frío.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pablo completamente abatido. —Es imposible llegar al pico de la Serenidad.

—Tiene que haber una manera. —murmuró Draco.

—Amigos, dejar de preocuparos, hoy ya no podemos hacer nada. Mañana se nos ocurrirá algo. —dijo Borja intentando animarnos.

Yo miraba al pico de la Serenidad que apenas se distinguía en la tormenta ¿Por qué nos había cerrado la puerta estando tan cerca? ¿Qué más teníamos que aprender para poder encontrar la fuente? De repente me vino a la cabeza la pregunta que le habíamos hecho al espíritu de la luz y la pregunta con la que él nos había contestado. Me sumí en mis pensamientos dándole vueltas a aquello una y otra vez. Súbitamente un escalofrío me recorrió la espalda. Miré a mis amigos que apretados unos contra otros trataban como podían de protegerse del frío y les pregunté:

— ¿Tenéis hambre? —me miraron con incredulidad.

— ¿Qué clase de pregunta es esa? —me contestó Pablo a la vez que Borja me recriminaba:

—No es el momento de pensar en comer, nos estamos muriendo de frío Noreia.

Draco me miró fijamente y contestó: —No ¿Por qué?

— ¿Os acordáis de la pregunta que nos hizo el Espíritu de la luz?

—Sí. —respondieron los tres.

—Preguntó que por qué no habíamos vuelto a comer desde que entramos en la cueva. —recordó Borja. —pero no entiendo qué importancia tiene eso en estos momentos Noreia.

—La respuesta a esta pregunta ayudaba a encontrar la respuesta a la pregunta que le hicimos nosotros. —contesté.

— ¿Cómo llegan las almas de los niños a las montañas? Es lo que preguntamos. —intervino Draco.

—La respuesta nos llevaría a la fuente ¿A dónde quieres llegar Nore? —me preguntó Pablo.

—Tengo las respuestas. —les dije mirándolos fijamente.

— ¿Estas segura? —dijeron levantándose de un salto.

Se acercaron a mí y me abrazaron formando un círculo. El primero en hablar fue Pablo:

—Sabes que confiamos en ti, siempre lo hemos hecho.

—Adelante. —dijo Draco con una gran sonrisa.

—Éramos bebés y cuando llegamos a este mundo mágico nos transformamos en animales "Este mundo exterior al que ahora pertenecéis no es otro que vuestro mundo interior" fueron las palabras de nuestra guía ¿No es así? —mis amigos asintieron. —Teníamos hambre porque sentíamos ese instinto y como estábamos al principio del viaje y de nuestro aprendizaje los espíritus de la naturaleza nos proveyeron de alimentos. A medida que avanzamos fuimos recibiendo enseñanzas y una de ellas fue cuando el desierto nos arrebató los alimentos y la cueva no nos proporcionó más. Sin darnos cuenta dejamos de necesitarlos porque ¡No los habíamos necesitado nunca! ¿No lo entendéis? ¡No somos ni bebés ni animales! —dije totalmente convencida.

Si en ese momento no hubiésemos estado abrazados mis amigos se habrían caído de espaldas cuando oyeron mis palabras. Me miraban desconcertados con los ojos y la boca muy abiertos. Solo Borja acertó a balbucear:

— ¿Entonces que somos?

—Somos sus almas. —les dije con todo el amor que pude.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó Pablo asustado.

—Lo dijo el espíritu de la luz, solo las almas de los niños llegan hasta las montañas de los sueños. Y estamos aquí.

Se hizo un silencio absoluto. El tiempo se detuvo. Los copos de nieve flotaban inanimados en el vacío que dejaba el viento que ya no soplaba. Un súbito y poderoso resplandor iluminó la noche con la fuerza de cien soles y pudimos observar maravillados como una columna de luz de una belleza indescriptible ocupaba la cima del pico de la Serenidad y se

elevaba perdiéndose en los confines del universo. Era energía pura.

Aparecieron miles de líneas que procedían de todas las partes del universo y que convergían en otros tantos de miles de puntos luminosos que flotaban alrededor de la columna de luz.

— ¡La fuente! ¡La fuente! —gritamos los cuatro en una explosión de alegría, lágrimas, saltos y abrazos.

Cuando nos calmamos un poco Pablo pregunto:

— ¿Cómo vamos a llegar hasta ella?

—Cumpliendo nuestros sueños. —le contesté. —Yo he cumplido el mío llegando hasta las nieves eternas. Tú el tuyo superando todos los obstáculos del camino. Draco el suyo guiándonos hasta aquí. Solo faltas tú Borja.

— ¡Tienes que volar! ¡Tú nos llevarás! —gritó Draco agarrándose a Borja.

—Yo...yo... —contestó Borja aturdido.

—Iré contigo hasta el fin del mundo. —le dije abrazándome a él.

—Te quiero amigo. No me importa si llegamos a la fuente o no mientras esté a tu lado. —le dijo Pablo sujetándole la cara.

—Os amo. —nos dijo Borja.

Seguidamente dio un salto en el borde de la arista elevándose hacia el firmamento llevándonos a todos con él. Volamos entre las líneas que no eran otra cosa que millones de niños como nosotros. Draco saludó a los tres castores: Arancha, Jaime e Iñigo.

Nuestros cuerpos no pesaban y poco a poco nos transformábamos en seres etéreos y luminosos. Sentíamos el universo en nosotros mismos. Éramos poseedores de la verdad. Los puntos luminosos eran nuestros guías que estaban allí para recibirnos. Cristina estaba junto a Laín. En ese estado no existía la comunicación, todos formábamos parte de todos. Los cuatro nos adentramos en la fuente fusionándonos en ella alcanzando la máxima expresión de la libertad y de la paz más absoluta, éramos la energía de la creación, el alma del universo. En aquel estado de perfección elegimos nuestro destino:

Draco volvió a su cuerpo de bebé, sabiendo que en la imperfección se halla la perfección y decidió ser un ejemplo de superación para las demás

personas que le rodearan.

Pablo decidió ser un Guía y ayudar a todas las almas a encontrar el camino en ese maravilloso mundo por el que habíamos viajado. El pequeño cachorro se convirtió en un gran tigre.

Borja eligió ser un espíritu de la naturaleza y llenar de sabiduría a todo aquel que esté dispuesto a escuchar, amar y respetar a la madre naturaleza.

Y yo, con mi espíritu aventurero y un universo infinito para explorar se pueden imaginar: ahora soy viento, soy marea; soy el cálido rayo de sol que te acaricia por la mañana, el lucero en el alba y la nieve en la madrugada; la brisa que te abraza y te besa y te ama dándole a tu afligida alma la energía que le falta; "soy el todo y soy la nada".